

# EL OKUPA

Jesús Revuelta Fernández



## Capítulo 1

Acabo de despertarme de mi sueñecillo habitual de dieciocho horas. No es que haya mucho que hacer, por otra parte. Mi casa es lo que se dice un "pelín" estrecha, un cubículo, una oquedad; oscura y húmeda, pero también --paradójicamente-- cálida y agradable. Inconvenientes: No dispongo de agua corriente ni electricidad: comprenderán que no me haya erigido en anfitrión de glamurosas fiestas y reuniones sociales.

Ya saben cómo está el problema de la vivienda actualmente. Es lo que hay.

Sin embargo, me siento unido a ella por un vínculo especial, casi cósmico, que no sabría definir con palabras.

Me encuentro acurrucado sobre mí mismo, en cueros, como a mí me gusta. Soy un poco exhibicionista. De vez en cuando suelto alguna patada a la pared para hacer saber a mi vecina, quién manda aquí. Coincidirán conmigo en que más vale llevar la iniciativa. A su favor diré que su naturaleza es extremadamente afable, casi diríamos que maternal y, por toda respuesta, se limita a reproducir música clásica, en un claro intento, --que reconozco y valoro en su justa medida--, de intentar calmar mis ánimos.

Mi favorita es la 6ª Sinfonía de Beethoven, "Pastoral". A fuerza de escucharla una y otra vez, conozco cada uno de sus aires de memoria.

Pero mi intuición me dice que lo bueno no dura siempre, y temo que me obliguen a dejar el habitáculo. Si es así, me sentiré como esos presos que han cumplido su condena y a los que se deja en libertad, pero que ya no quieren abandonar su celda, porque se han institucionalizado.

Cierro los ojos, con la esperanza de reanudar mi sueñecillo, un letargo del que no quisiera despertar jamás.

Y entonces, se cumple el peor de los presagios: movimientos espasmódicos, traqueteo, algarabía de voces en el exterior.

Sirenas acercándose.

Parecen quererme fuera, porque una serie de voces que me resultan del todo desconocidas ---pero en las que reconozco cierta hostilidad--, animan a mi casera a que me eche --ide forma expeditiva, sin ningún miramiento!

Creí haber tomado las medidas necesarias para que nadie conociera mi paradero y, sin embargo, diríase que esa jauría viniera a ejecutar un

desahucio.

Más movimiento, fuerza, violencia. La lucha se prolonga, en una suerte de tira y afloja, durante horas. Yo me resisto como puedo a la fuerza centrífuga que parece trasladarme, poco a poco, hacia fuera.

Siento que algo enorme jala de mi cabeza hacia el exterior. Se acerca el final. Compruebo, de reojo, que me sobrepasan en número.

Estoy fuera.

Un individuo que viste traje blanco y me quintuplica en tamaño me agarra de los pies y, en un abrir y cerrar de ojos, me voltea, sosteniéndome de una pierna, boca abajo. No contento con ello, me arrea una señora bofetada con la mano abierta que me deja las nalgas enrojecidas.

Rompo en llanto.

¿Y qué es lo que hace toda esa gente congregada ahí fuera? Ríen, lloran, gritan, aplauden, hacen fiesta.

¡Y yo con estas pintas!